

José Luis Abarán

LO QUE EL CAPITÁN CONTÓ AL VERDUGO Y OTROS RELATOS



*Para A., por una noche de verano sin sueño.
Estamos en paz.*



JOSÉ LUIS ABARÁN

LO QUE EL CAPITÁN CONTÓ AL VERDUGO
Y OTROS RELATOS



artnoir

art noir ediciones

José Luis Abarán,
Lo que el capitán contó al verdugo y otros relatos

© José Luis Carrizo, 2021.

Todos los derechos reservados.

Publicado por:

ArtNoir ediciones

1ª Edición: octubre 2021

ÍNDICE



MI MADRE NUNCA TUVO HIJOS —	7
ESA ANTIGUA COSTUMBRE DE MORIR —	11
NOCHE DE CINE —	13
NO ABRAS LOS OJOS —	15
COMO TÚ —	17
EL PAN DE ALEJANDRÍA —	19
FUNDACIÓN MÍTICA DE VILLALIEBRE —	21
EL BAR MANOLI Y EL BAR MANILA —	24
HISTORIA DEL PERRO RULFO —	27
EL HÉROE —	30
UNA TARDE DE MAYO —	31
LA LIBRERÍA —	33
LA VIDA ES UNA LOTERÍA —	36
EL COPISTA —	44
LA CIUDAD COMBUSTA —	47
LA ESQUINA QUE NO PODÍA VER EL MAR —	49
EL VERDUGO —	51
HISTORIA QUE LE CONTÓ EL CAPITÁN AL VERDUGO —	53
ÍCATA —	56
DOÑA LUPE —	58
REZAD, REZAD, MALDITOS —	60
NO ES TAN MALO —	63
POMPAS EN EL PATIO —	65
EL BICHO DE DOÑA ANGELITA —	67

MI MADRE NUNCA TUVO HIJOS

MI MADRE NUNCA TUVO HIJOS, era una tradición familiar que se remontaba varias generaciones. Mi abuela nunca tuvo hijos tampoco, ni su madre si no nos mintió. En casa nacíamos en el armario de nacer (el resto del tiempo ese armario almacenaba las mantas del invierno o las toallas del verano). De esa manera no hacía falta que interviniese un padre, y eso era bueno, aunque no hubiese sido un problema. Recuerdo haber conocido a varios que mi madre traía de vez en cuando a casa. Alguno de ellos no me hubiera importado que lo fuese.

La mayor parte del tiempo fuimos tres hermanos. Durante un par de años fuimos cuatro, pero Rosa una tarde que hacía mucho frío ascendió al cielo. Dice María que era muy friolera y que allí estará más calentita, pero qué sabrá ella, si es una cría. Desde entonces mamá no trajo a más hombres.

María es mi hermana pequeña. Cuando Rosa siempre estaban juntas pero ahora la ha olvidado. Por eso es la que pregunta y la que nunca olvida las respuestas. Se sabe todas las historias que nos sabemos nosotros y las que nos inventamos para que nos deje en paz, eso sí. Pero si le preguntas por su cara, por

esa manía que tenía de llevarse la mano a la oreja y dejársela colgando del lóbulo, por esos ojos tan azules, iguales que los de mi madre y los de mi abuela (María los tiene castaños, como yo; Paco, el mayor, negros como el diablo). Si le haces esa pregunta a María te contesta sincera y pesarosa que no se acuerda y se encierra en un mutismo que puede llevarle días. Por eso nunca hablamos de Rosa si María no pregunta primero. Ni siquiera Paco.

Paco es mi hermano mayor. Tiene quince años pero ya gasta hechuras de hombre, de hecho se basta para poner en la calle a cualquier borracho que no guarde la compostura en el bar. Porque tenemos un bar. Realmente es de mi abuela pero solo le queda mi madre y nosotros.

Antes estaba el tío Jacinto. Él fue quien nos contó el misterio de nuestro nacimiento y nos hizo jurar guardar el secreto, no fueran a robarnos el armario y el próximo niño naciera en otra casa. Jacinto era mi persona preferida del mundo mundial, más incluso que mi madre. Murió en un accidente de coche con su última novia, una señorita que al parecer había olvidado que aún estaba casada con otro señor. En el maletero llevaba un telescopio que me había comprado para mi cumpleaños. Era de esa clase de tíos. Mi madre y mi abuela lo lloraron pero no fueron las únicas, tuvo tres o cuatro viudas no oficiales, alguna de ellas incluso le guardó luto a pesar de todo. Se habló mucho en el pueblo de aquel accidente. Si he de creer a mi madre en el pueblo siempre se ha hablado mucho de nosotros.

El bar que teníamos no tuvo nombre los primeros años. Al parecer a casa de mi abuela iban muchos hombres de visita y como a esos hombres les gustaba beber a mi abuela se le

ocurrió que sería buena idea cobrarle las bebidas. Vivía ya por aquella época con Margarita, mi otra abuela (que por aquel entonces se hacía llamar Margot). Esa es otra de las cosas que dice mi madre sobre la que hablan los del pueblo cuando se aburren, mis dos abuelas, pero conozco a otros niños y no soy el único con dos abuelas.

La abuela Margarita ya no habla. Fina, mi abuela oficial, habla por las dos. Se cuidaba ella sola de lavarla, cepillarle la larga melena blanca, darle de comer, cambiarla, pero últimamente ya no puede y mi madre le ayuda.

Cuando eso pasa Paco se queda a cargo del bar. Dice mi madre que es muy joven, que debería estar estudiando, pero Paco no es de los que estudian. Lo expulsaron del colegio por pelearse con un profesor, tenía entonces trece años y no se llevó la peor parte. Alto, guapo, canalla, es como hubiera sido mi tío Jacinto si se hubiera pasado al lado oscuro. Porque había algo maligno en esos ojos negros y esa media sonrisa por la que tantas mujeres llorarían en vida.

En casa se sabía, mi madre siempre le tuvo un poco de miedo. No por ella, si Paco quería a alguien aparte de a sí mismo era a mamá. Al resto de la familia nos soportaba, fingía querernos porque sabía que eso era lo que mamá esperaba de él (nos protegía porque éramos algo suyo, no por afecto). Todos sabíamos que el día que mamá muriera no volveríamos a saber de Paco si no era por los periódicos, era algo que no habíamos hablado pero sabíamos con la misma certeza con la que la abuela sabía cuándo una mujer estaba preñada, antes incluso que ellas mismas a menudo.

Esa era mi familia, y aunque siempre dijeran que éramos una familia muy particular, cuando llovía nos mojábamos como los demás. Fuimos felices a ratos y a ratos desdichados, siempre señalados y, estoy seguro, envidiados. Y colorín colorado, este es un cuento que nunca ha acabado.

ESA ANTIGUA COSTUMBRE DE MORIR

LA MUERTE HABÍA OLVIDADO que Cercedilla del Campo existía. No es tan extraño, pues eran raros los mapas de carreteras que la incluían y hasta Google Street pasó en su momento de largo sin enterarse de que había atravesado un pueblo.

Cierto que llamarlo pueblo igual es mucho decir. En su mayor apogeo, allá hacia 1900, tuvo 197 almas, pero en realidad solo la omnisciencia del narrador nos permite saberlo. Nadie los contó, no figuran en ningún censo. Administrativamente pertenecen a la capital de provincia, allí mandan a estudiar a los hijos y a morir a los viejos. En cuanto a esto último no les guía ninguna filosofía, ningún hastío. Como en todas partes la gente quiere vivir un día más, ver crecer a los nietos, conocer a algún biznieto. Si no se movieran del pueblo no morirían nunca.

¿Por qué mueren entonces, os preguntaréis? La razón es muy sencilla: no lo saben. Estar exentos de la muerte no les libra de la vejez ni de las enfermedades, y cuando esto ocurre acuden al hospital que está en la capital. Allí a veces se curan pero —si no esa vez será a la siguiente—, al final todos mueren de lo

que suele morir la gente. Por eso la vieja Aurelia asegura tener más de doscientos años aunque —seamos sinceros—, la cabeza no le rige del todo bien.

Habla de reyes muertos como si aún reinaran, de epidemias que nadie recuerda, de sequías que no salen en ningún libro y de nevadas más grandes que cualquier nevada que recuerden los ancianos del lugar. Vive sola en la casa más alejada de un pueblo, donde no hay más de diez casas en ninguna calle (y hay que ser muy generosos con el significado para llamarlas calles). Últimamente sus vecinos están preocupados por ella. Se habla de pagarle entre todos una residencia en la capital.

NOCHE DE CINE

TUVO QUE LLEGAR en noche cerrada porque en aquel pueblo el amanecer solo sorprendía durmiendo a enfermos y gallinas, de modo que nadie lo vio llegar.

El caso es que cuando amaneció ya estaba él allí, con sus burras, extendiendo una gran sábana blanca sobre la pared del viejo juzgado. Cuenta Panes que cuando fue a abrir el bar ahí estaba el hombre, extendiendo la sábana y fijándola con sogas a la bandera del ayuntamiento a un lado y al pino centenario que sombreaba la plaza al otro. Según eso fue el primero que lo vio aunque es probable que Blas, el panadero, lo viera antes y callara como era su costumbre.

El hombre misterioso descargó las burras y cargó con los arreos hasta el bar de Panes, en una esquina de la plaza, en cuya barra los primeros parroquianos ya comentaban el suceso. Se dirigió a Panes, quien secaba vasos con un trapo no demasiado limpio y la mirada clavada en él.

—¿Le importa si dejo los bártulos en un rincón? El carro se rompió un eje cuando iba camino de Villamora.

—Puede dejarlos en el patio, allí nadie los tocará. Por ahí —y señaló una puerta entreabierta al fondo por la que se veía un gato dormitando sobre una silla de enea.

La noche de la función todo el pueblo estaba allí, los 137 vecinos más la borrega de Nicolás, que iba a todos lados con ella y si no iba a misa era porque el cura no lo dejaba entrar con ella.

Hay quien sospecha que ésa es la razón por la que lleva siempre la borrega, pero ésa es otra historia, no ésta.

Algún viejo en cuclillas, los niños en el suelo y el resto en la silla más elegante o nueva que habían podido encontrar. ¡El cine había llegado a Peñisca!

Todos vestían sus mejores galas y esperaban inquietos a que el hombre oculto bajo ese Clavileño les iniciara en ese milagro del que hablaban los periódicos. De repente un ruido, como cuando una rama se engancha en los radios de la rueda, y todo fue silencio. Hasta Blasa, la borrega, se incorporó y se puso atenta.

Primero fue una luz de un blanco viejo en el muro del juzgado y pronto se perfilaron formas. La gente se puso en pie, alguna mujer dejó escapar un grito, los niños corrieron a los pies del muro. ¡Era gente! ¡Gente bocabajo saliendo de una iglesia construida en el cielo! Sin perder la compostura un hombre salió del vientre de ese clavileño cojo y haciendo de un fallo historia que sería contada en el pueblo los próximos años muchas veces anunció el título de la película:

SALIDA DE MISA EN LAS ANTÍPODAS.

NO ABRAS LOS OJOS

No LO HAGAS. Si lo haces la realidad lo invadirá todo. Aguanta. Retoma el sueño. No te muevas, no hagas ruido pero sobre todo no abras los ojos. No pienses, aún no, concéntrate en la oscuridad y olvida el resto, el dolor, el hambre, el olor, el corretear de alguna rata, los gemidos lastimeros que atraviesan las paredes, aprieta los párpados, finge dormir, refúgiate en algún recuerdo, concéntrate como no lo has hecho nunca, húndete dentro de ti, no hagas ruido, que no recuerden que existes, piensa que eres ciego y sordo y mudo, que el dolor es enfermedad, que el olor es tuyo al fin y al cabo, no abras los ojos o la realidad los invadirá, recuerda un despertar, uno bueno, uno especialmente feliz y aguántalo, no abras los ojos, deja que el recuerdo estructure la realidad, es invierno pero estás bien, bajo una manta, no tienes frío, a tu lado notas calor humano, hay alguien contigo, una mujer, y mantienes los ojos cerrados para disfrutar el momento. ¿Lo recuerdas? Has de hacerlo bien, el sonido de su respiración, los crujidos de la casa, el tacto de la manta, concéntrate, sientes su pelo en tu cara, tu brazo descansa sobre su barriga

hinchada, concéntrate en eso, siente su pulso, el del niño por nacer, el sueño es un país único con tiempo propio, concéntrate ahora en esa oscuridad, la de aquel momento, que cada átomo de voluntad recuerde cada sensación del momento, entonces, cuando lo hayas logrado, cuando puedas contar uno a uno sus cabellos sobre tu cara y distinguir los dos latidos bajo el brazo, olvida esta realidad de ahora como se olvidan los sueños y despierta, volveremos a hablar de esto dentro de veinte años. Ahora abre los ojos.

COMO TÚ

FUI A LA GUERRA y no estabas. Un puñado de pobres tipos armados esperando que les caiga una bomba no es la mejor compañía para echarte de menos, pero lo hacía. Incluso en las batallas las balas tocaban nuestra canción.

Recuerdo mi primer muerto: un civil que no obedeció el orden de alto y siguió hablando y gesticulando, se llevó una ráfaga entera, luego supimos que era sordo. Lo recuerdo en el suelo, con los ojos abiertos. Por un momento fueron tus ojos. Alguien se los cerró, por suerte.

Al poco una bomba acertó de pleno en nuestro campamento, quiero creer que fue el azar quien la trajo pero de alguna manera estaba convencido que habías sido tú quien la guió, para que no te olvidase. Si así fue lo conseguiste, desde luego. Tuve suerte, estaba de guardia y no me pilló, acertó de lleno en mi tienda. Del pobre Joe, que dormía en mi litera, solo rescatamos una bota con pie incluido. Calzaba un cuarenta, como tú. Se suponía que íbamos ganando pero no paraba de llegar gente nueva a la unidad; cada vez más jóvenes, cada vez más insolentes y peor preparados. Y aun así cada vez éramos

menos. Nadie sabía si avanzábamos o retrocedíamos, pero yo sabía que cada día estabas más lejos. No se hacían prisioneros, bastante duro era sobrevivir como para además tener que alimentar a alguien que te apuñalará a la menor oportunidad. Ellos hacían lo mismo y todos lo sabíamos, rendirse era pedir una muerte rápida. En eso se parecía a lo nuestro.

Una vez llegamos a lo que había sido un pueblo. Sobre un cadáver aún caliente tendido en medio del camino, a la sombra de un solitario pino pero justo donde un rayo de sol lograba colarse por una rama rota, ronroneaba un gato satisfecho. Era negro como tu pelo. Estuvimos seis meses en ese pueblo, unas veces atacando, otras huyendo, alguien decidió que era importante, igual tenía tierras por ahí que abonar con los muertos. No recuerdo quién se lo quedó al final, solo sé que yo no, bastante tenía contigo.

Una vez tuve un permiso. Ocho días enteros para estar sin ti. Se lo cambié a un amigo por un cartón de tabaco y una botella de whisky. Mal negocio, el barco fue bombardeado y se ahogó, yo perdí el tabaco al póquer y me bebí la botella de whisky: era de tu marca.

Un día alguien llegó diciendo que se había acabado la guerra, que podíamos volver a casa. Perdimos. Y no había casa a la que regresar y tú te habías casado con otro. Enviudaste y tampoco fui el elegido, solo el culpable y el chivo, como siempre. Me mandaste una postal a la cárcel. De haber podido responder te hubiera escrito: «No fuiste lo peor que me pasó y aún te quiero».

EL PAN DE ALEJANDRÍA

CUANDO EL CALIFA tomó Alejandría, una de sus primeras órdenes fue quemar la biblioteca por ser contraria al Corán o estar contenida en Él. Pero un astuto visir le hizo ver que así no ganaría nada, algo absurdo cuando los rollos y pliegos allí acumulados durante siglos podían alimentar los hornos de la ciudad y así obtener de ellos un espléndido beneficio. Así se hizo. Metieron en la biblioteca un regimiento de esclavos que hizo atados sin mayor miramiento de las obras allí acumuladas y se vendieron a los panaderos a una moneda el carro.

Los panaderos encendieron sus hornos con esos atados y amasaron sus panes y sus tortas, que vendieron luego en el mercado. La gente los compró como todos los días y no se notó nada extraño. Al menos así sucedió los primeros días.

Durante muchos meses los panaderos usaron los libros como combustible y tanto humo erudito tuvo sus consecuencias: los hubo que de repente veían triángulos en todas partes, les bastaba una pared y una sombra para entregarse a oscuros cálculos que no llegaban a entender del todo.

Se veía a mujeres llorar por la suerte de un tal Aquiles; otros imaginaban animales fabulosos con un brazo en medio de la cara y una boca con cuernos. Surgieron por doquier compañías de teatro en aquella ciudad sin teatros. Unos negaban a los dioses, otros adoraban a dioses nuevos.

Antes o después, según su glotonería, todos los habitantes sintieron la vergonzosa necesidad de escribir y, sin saberlo, reescribieron muchos de los libros perdidos creyéndolos nuevos. Pronto hubo una biblioteca clandestina. El visir fue su bibliotecario.

FUNDACIÓN MÍTICA DE VILLALIEBRE

LA CIUDAD DE LOS MIL NOMBRES no reúne los requisitos mínimos para ser ciudad. En cuanto a números está más cerca de una aldea que de una ciudad. Nunca llegó a tener más de mil habitantes y es muy raro que alguien de fuera venga a instalarse. No tiene nada que ofrecer al forastero. Tiene su bar, su tienda y su plaza; tiene secano para aburrir y hasta hace muy poco solo había agua en la fuente de la plaza, cuando a un forastero se le ocurrió poner otra fuente en el otro extremo de la ciudad y, ya de paso, canalizar toda esa calle.

Las calles son envidiosas y muy pronto las tuberías crecieron hasta alcanzar todas las casas y esa fue la razón de que el forastero se marchara tras veinte años en la ciudad. Que las tuberías crecieran solas hacia las casas lo volvió loco y hubo que internarlo. Cien años antes había sucedido lo mismo con la electricidad. Un ingeniero que actualmente trate de averiguar de dónde procede la electricidad siguiendo los cables que cuelgan desordenados de las fachadas, correría el riesgo de seguir los mismos pasos, es decir los cables lo llevarían de vuelta al principio sin rastro alguno de central eléctrica,

suministradora o siquiera un miserable grupo electrógeno. Por suerte ninguno de sus habitantes es ingeniero y nunca se preocuparon de tales cosas.

La ciudad de los mil nombres se llama ahora Villalibre. Una señal de tráfico que anuncia su presencia a 5 km así lo atestigua. Lo que nadie sabe es que esa señal no la colocó allí la DGT, es una señal que nació a las afueras de la ciudad y que cuando creció y se hizo mayor corrió a ocupar ese preciso lugar. No es descartable que cualquiera de ustedes haya pasado por la ciudad ese día en que se equivocaron de camino o salieron a dar una vuelta sin rumbo; tampoco lo es que hayáis recorrido sus calles, comido en el único bar o paseado bajo la sombra de los pinos de su plaza.

Si no se quedan el tiempo suficiente es muy raro que lleguen a observar algo extraño. A simple vista pasa por el típico pueblo aburrido y condenado, esos donde ya casi no quedan niños y que se está vaciando a fuerza de morir sus habitantes. No es fácil percatarse de que echa raíces a base de bodegas y sótanos para que el viento de los tiempos no se lo lleve; que graba cicatrices viejas en la piedra y en los árboles para crear una ilusión de continuidad; que enlaza caminos viejos para fingirse autóctona. Porque la ciudad de los mil nombres (o el pueblo o la aldea, todo depende de su capricho arbitrario) viaja, y cuando llega a un sitio nuevo necesita que la tomen por vieja. Nadie ignora la razón. Todavía quedan cazadores de ciudades y hay que andarse con cuidado.

Desde que murió Alejandro Bicorne las hay que se relajan y hasta se integran en la región a costa de perseverar; pero es una pésima estrategia, antes o después serán cazadas y nuestras

alas siguen siendo un gran trofeo. Hay quien afirma que se puede vivir sin alas, pero entonces no eres nada. Apenas un sitio donde vive gente. Y eso es tanto como imaginar a los gusanos devorando indiferentes tu cadáver.

EL BAR MANOLI Y EL BAR MANILA

Con esto del COVID y el teletrabajo nuestro pueblo cuenta con nuevos vecinos. La mayoría son hijos emigrados que regresan de vuelta a las casas que dejaron vacías sus padres. Esos saben lo que se cuece, pero hay unos cuantos nuevos novísimos que no conocen la particular idiosincrasia de nuestros bares.

Bares hay solo dos —no somos un pueblo grande—, y están estratégicamente situados a ambos lados de la plaza del ayuntamiento —uno a la derecha y otro a la izquierda, como para llevarse la contraria. A la derecha encontramos el Bar Manoli y a la izquierda el Bar Manila, cada uno con sus mesas colocadas como si se tratase de ejércitos enfrentados. El forastero nunca sabe —porque nadie se lo va a contar—, que no se puede ser cliente de los dos, has de elegir o terminarás sin un bar al que ir.

La enemistad va más allá del fútbol. En el bar Manoli simpatizan con el Betis y en el bar Manila con el Valencia, pero sin caer en extremismos. Tampoco tiene nada que ver con la política, tema que los podría unir pues comparten críticas y

maldiciones a quien gobierne en el ayuntamiento, sea este del partido que sea; tampoco ha de buscarse en temas de cofradías, familias ni cualquier otro tema que suele malquistar la convivencia. Lo cierto es que si vas a un bar y luego a otro el primero pensará que has ido a criticarlo y ya te tomará entre ceja y ceja. Si, llegado al segundo, no criticas al primero de manera categórica, pasarás por tibio o espía y tampoco serás bien recibido la próxima vez. De modo que has de elegir uno y serle fiel. La traición no es bienvenida en ninguno de los dos bandos. Tenlo claro o cada vez que quieras disfrutar una caña fuera de casa tendrás que coger el coche y conducir los 20 km que nos separan del próximo bar, ya en el pueblo de al lado.

¿Cómo elegir? Los precios son idénticos, la cocina muy semejante. Si la tortilla del Manoli resulta más esponjosa, es bien sabido que en el Manila tienen mejor mano para la carrillera. Solo un forastero podría comparar, pero ante ese dilema se encontraría con un vacío alrededor y nadie a quien contárselo.

El bar Manoli lo regenta Paco. Manoli era su mujer, él es viudo desde hace 20 años. El bar Manila también lo regenta otro Paco —casualidades de la vida—, aunque a este lo llaman Paquito para diferenciarlo de su padre, que también era Paco y que fue quien abrió el bar. Si bien ambos dueños nunca fueron amigos, eso es cierto, al principio guardaron las formas. Cuando el bar Manoli se abrió a Paquito no le sentó bien que el dueño rival no se apareciera antes en su local y se presentara como Dios manda, además lo vio como una pérdida de negocio. Pero pasaron los meses, Paco se pasó a conocer a Paquito. El negocio no sólo no se resintió sino que incluso mejoró un poco. Al mejorar las posibilidades mejoró también

la clientela, que siendo la misma se dejaba caer más. No hay que buscar en ello las razones del distanciamiento. Tampoco hay ninguna mujer de por medio. Manoli murió antes, Paquito asistió a su entierro y hasta fue uno de los porteadores del féretro, no por conocerla mucho sino por solidaridad de gremio. Además Paco y ella eran forasteros, aunque Paco no tanto, pues sus padres eran del pueblo. Por su parte Paquito lleva 25 años casado con doña Marina, a quien nadie ha visto nunca en el bar de su marido (ni en el de enfrente, aclaro) y tienen un hijo que estudió en la capital y viene de vez en cuando de visita.

El auténtico motivo que terminó dividiendo el pueblo en dos hay que buscarlo en Rulfo, un perro callejero que había hecho de la plaza del ayuntamiento su hogar y cuya historia reza así...

HISTORIA DEL PERRO RULFO

LA GENTE CUENTA que el perro llegó al pueblo con el vagabundo, pero yo nunca lo creí. El vagabundo llevaba ya varios días deambulando por la zona cuando apareció el perro e hicieron pareja. Un vagabundo con perro siempre tiene alguien a quien hablar.

Por el contrario sí que fue él quien le puso Rulfo, eso lo sé de buena mano. Lo contaba un día a unos niños curiosos encantados con el perro, le puso Rulfo porque se le unió en el cementerio, que él llamaba su pequeña Comala. El vagabundo dormía allí, en la caseta del enterrador. Y fue allí donde lo encontraron muerto una mañana. El perro estaba echado a su lado. El viejo no llevaba documentos encima, aunque nadie dudó de su españolidad y fue enterrado a cargo del ayuntamiento en un nicho sin nombre, con apenas un número: 12. Nadie supo nunca cómo se llamaba ni de dónde vino.

Rulfo asistió al entierro, aunque parecía más interesado en buscar conejos que en el rito propiamente dicho. Alguien

aconsejó avisar a la perrera pero nadie le hizo el menor caso. Rulfo era un chucho listo y pronto se hizo un habitual de nuestras calles. Aunque se le podía ver por cualquier calle tenía querencia especial por la plaza del ayuntamiento. Al fin y al cabo había dos bares, ambos con sus mesas fuera, donde la gente almorzaba. Y entre lo que se caía de las mesas y lo que le tiraban no pasaba hambre el bueno de Rulfo.

Dos bares implican por lo general dos dueños, y este caso no era una excepción: uno era el Manoli, el bar de Paco, y el otro era el Manila, el bar de Paquito (hijo de otro Paco). A Paquito el perro le simpatizaba y le echaba sobras sobre un papel de periódico y agua en un cacharro. A Paco le parecía un saco de pulgas y amagaba con darle una patada cada vez que se lo cruzaba, pero a última hora, cuando sacaba la basura, nunca olvidaba echar en un papel de aluminio algo para Rulfo, que al verlo echar la persiana correteaba a su lado hasta el contenedor. Rulfo podría haber engordado pero era joven y el campo estaba cerca. Perseguir conejos siempre da hambre, aunque nadie cree que nunca llegara a cazar ninguno, porque el chucho tenía las patas demasiado cortas.

Un buen día desapareció. Volvió a aparecer a las pocas semanas, esta vez con un collar. En el entretiem po alguien lo había adoptado, pero Rulfo había nacido para las calles y no tardó en escaparse, o quizás lo dejaron marchar tras días de aullar lastimosamente y arañar la puerta del patio que lo separaba de la libertad.

Paco y Paquito se alegraron de su vuelta, Paquito le hizo fiestas, Paco sacó un buen filete del frigo y lo envolvió con papel Albal. Esa noche Rulfo comió carne de primera.

Todo iba bien hasta una infausta mañana en que un repartidor novato de pan, no acostumbrado a sus acometidas, se lo llevó por delante.

No tardaron Paco y Paquito en arrodillarse a ambos lados de un Rulfo que se estaba muriendo a ojos vista. No hubo tiempo ni de llamar al veterinario, que vivía a solo dos calles. Rulfo murió con un postrero ladrido que pareció extrañamente alegre.

El repartidor desapareció cuando nadie se percataba de él y debido a lo temprano de la hora quedaron solo en la plaza Paco y Paquito junto al cadáver de Rulfo. Paco quiso llevárselo para enterrarlo en su huerto. Paquito lo acusó de hipócrita y reclamó para sí el cadáver, la discusión fue subiendo de tono y si no llegaron a las manos fue porque comenzaron a llegar los funcionarios del ayuntamiento en busca de su café.

El juez de paz por una vez hizo honor a su nombre y puso paz, llamando para que recogieran el perro muerto. Paco y Paquito se retiraron al interior de sus barras a preparar sus cafés.

Y ese fue el momento en que dio comienzo entre ellos una *perra enemistad* que acabó por dividir para siempre al pueblo en dos.

EL HÉROE

SIEMPRE SE SUPO UN COBARDE. Si al final acabó en la resistencia fue por un cúmulo de circunstancias que se fueron encadenando hasta que le fue más fácil seguir adelante que retroceder. En realidad no temía tanto a los alemanes como al bruto de Pierre. O eso creía, porque metido en el furgón que lo llevaba a los cuarteles de la Gestapo tenía más miedo del que creía posible. Iba a morir, eso lo tenía claro, pero antes lo torturarían. Si colaboraba con ellos lo harían de igual modo para asegurarse de que no mentía. Y él era un cobarde, lo soltaría todo, acusaría a su madre si de algo servía, no se engañaba, siempre tuvo poca tolerancia al dolor y aún menos voluntad. Sin darse cuenta iba llorando. Uno de los guardias le dio un pañuelo. Levantó la vista y se encontró el rostro de Pierre. ¡Estaba salvado! Si Pierre había conseguido hacerse pasar por un oficial alemán es que existía en algún lugar un plan para rescatarlo, y los planes de Pierre nunca fallaban. Sintió alivio. ¡Iba a ser un héroe al fin y al cabo!

—Juraría que murió sonriendo—, contaría después Pierre.

UNA TARDE DE MAYO

FUI AL CIELO UNA TARDE de mayo que hacía calor. Me crucé con un ángel de túnica arremangada que intentaba sin conseguirlo abanicarse con sus alas, tenía la cabeza llena de moscas. Había un río de nubes sobre el que jugaban bandadas de cuervos. Al acercarme lucieron sus hermosos ojos azules, aún sanguinolentos. Olía a algodón de azúcar y maíz tostado y llegaba el eco de una canción de Camela. Una mujer barbuda leía la buenaventura a las flores marchitas. Pregunté por Dios a un señor de negro con gafas redondas —ya que estaba allí consideré prudente mostrarle mis respetos—, pero el señor se estaba fumando un porro y solo conseguí que me echase el humo (igual por allí arriba se estilaba otro lenguaje).

Un puente de plata me permitió cruzar el río de nubes. Rebusqué en mis bolsillos una moneda y la dejé caer desde lo alto del puente para ver si flotaba. No lo hizo. La moneda se hundió dejando un hueco por el que brotaron rayos. Me empezaba a aburrir el cielo. Eché de menos mi sofá y el mando de la televisión, una cerveza fría y una película de indios y vaqueros. Por suerte en todas partes hay bares y allá

arriba por el cielo no iba a ser menos. La cerveza estaba en su punto, a un instante apenas de la congelación. Por si fuera poco no daba ganas de mear, la camarera era guapa y simpática y añadía una tapa a cada caña, desde pulpo a jamón.

Pronto empezó a venir más gente —aunque llamarlos gente es decir mucho. A mi lado se puso medio tipo. La mitad izquierda concretamente. Bebía medio café con media tostada y leía medio periódico, solo las páginas impares. Daba medias vueltas al café y el tintineo de la cucharilla en el vaso interpretaba a Don Giovanni. Sacó un cigarrillo, lo partió por la mitad y lo encendió con medio fósforo. Me quedé un tanto impresionado: ¡Así que se podía fumar en ese bar! Me dieron unas ganas irresistibles de fumar un cigarrillo pese a que ya llevaba noventa y nueve días sin fumar.

Se lo pedí a la camarera. Ella no fumaba pero lo cogió del paquete de otro cliente y me lo dio. Recogí la media cerilla y conseguí encender todo el cigarrillo. Aspiré una larga bocanada de humo y empecé a hacer anillos de humo. Me fui animando poco a poco e hice también pulseras, cadenas, una virgen y hasta un señor de Cuenca que se me enfadó y se fue volando.

Miré el reloj. El reloj me miró. Nos sostuvimos la mirada un rato, pero al final acabó ganando y entendí que era hora de irme. Pedí la cuenta y el número de teléfono a la camarera. Me contestó que quizá la próxima vez que volviera, y bastó aquello para que me fuera de allí con una sonrisa. Tocaba ser bueno y volver.

LA LIBRERÍA

ENTRÓ A LA LIBRERÍA porque llegaba demasiado pronto a su cita con el dentista. Era uno nuevo, el otro se fugó con su enfermera y los fondos de la clínica. La verdad es que nada más verla supo que iba a entrar, si no a la ida a la vuelta y si no a la siguiente consulta.

El cartel que ocupaba medio escaparate anunciaba libros al peso, a diez euros el kilo. Eso era tanto como anunciar libros usados, descatalogados, fondos de editoriales que quebraron antes de convertirse en pulpa, más rentables para una editorial boyante que venderlos por lotes. La otra mitad que dejaba entrever el cartel a través de la vidriera que ocupaba la fachada era un *maremágnum* de libros amontonados de cualquier manera y por doquier, con pinta de no haberles quitado el polvo regularmente y con esas manchas que los ácidos del sudor acaban dejando en un libro usado. Jamás puede pasar uno de esos libros por uno nuevo por esa razón, entre algunas otras de menor importancia. Pero Ulises Gómez se sabía inferior a su homónimo y las sirenas siempre ganaban.

No notó nada extraño hasta que no llegó al montón del fondo

(era su sistema, ir del fondo hacia fuera, tenía comprobado que hacerlo de otra manera era un error, se iba llenando de más y más libros conforme se adentraba y le quedaba la salida). Una vez allí se puso las gafas.

Llevaba muchos años escarbando en rastrillos y librerías de viejo en busca de las perlas ocultas que guardan a los fieles, y su biblioteca era hija de mil editoriales quebradas, libros de quinta mano y cualquier otra manera de hacerse con libros baratos que le ofreciera el azar.

No le importaba no conocer a los autores, ya los conocería después, cuando los leyera, así era como los había conocido a todos, no hay otra manera. Pero en ese montón de libros apilados que le llegaba al ombligo sin rastro de mesa no conocía a nadie. Ni siquiera el diseño de las editoriales le era familiar. Ojeó unos cuantos:

Las aventuras de Triana, de Pedro Cervantes.

Pánico en Leningrado, de Boris Gómez.

Antología de la poesía remediada, de Darán.

Aprenda worldmate en una semana.

La conquista del Viresti. AEd Undio.

Se sintió víctima de una broma, seguramente habría alguna cámara escondida para grabar los rostros perplejos. El librero, enfrascado con el ordenador, debía estar compinchado. No había nadie más en la tienda. Pero eran muchos libros, era mucha molestia para una estúpida broma. Al final escogió tres libros que supuso rondarían el kilo:

El misterio de las flores. Agbes Sarna. Premio Hio 1997.

Poetas de Batú. Sin autor, una recopilación de los grandes poetas de Batú del siglo XVI.

La ciencia de las ciencias. Anne Mmania. Divulgación científica.

Receloso todavía acudió a la mesa del librero, donde sobre una ostensible balanza antigua —de las de plaza de abastos y aguja indicadora—, un desganado dependiente pesaba los libros: 907 gramos. Pagó diez y dejó las vueltas de propina. En el cristal de la puerta vio el reflejo del librero observando al trasluz el billete que le había dado, como si no se fiara o aquel billete allí fuese algo fuera de lugar. Aceleró el paso para no llegar tarde al dentista, con la inesperada sorpresa de que en la dirección señalada no había ningún dentista.

Más tarde se enteró de que había apuntado mal la dirección, pero ya nunca volvería a encontrar esa extraña librería. Como dice Alvio, el gran poeta Batú: *Cosas pasan mientras pasamos.*

LA VIDA ES UNA LOTERÍA

ALBERTO RUIZ vivía más o menos feliz, tenía un trabajo sencillo y malpagado que no obstante le daba para vivir y hasta para una semana en Benidorm los años que ahorraba un poco. Soltero por apatía, le gustaban los placeres baratos como leer, pasear, ver la televisión o los sudokus. Tenía cuarenta y cinco años y se veía tranquilamente haciendo lo mismo hasta el mismo día de su jubilación. Era el encargado de mantenimiento de un gran parque, pero básicamente su cometido consistía en barrer, regar y ser el custodio de la llave del cuarto de los aperos. Jugaba a la primitiva por costumbre y un poco también por su madre, que desde el primer sorteo jugó siempre los mismos números.

Los últimos años fue él quien sellaba el boleto todas las semanas y cuando su madre murió la costumbre se quedó, así como la combinación que usaban. Ni siquiera se la sabía de memoria, si había tocado algo se enteraba al ir a echarla, lo más que había pillado fueron doscientos euros que gastó en una enciclopedia, ya iba haciendo tiempo. Cuando en el telediario dijeron que el bote de 144 millones había tocado en su ciudad sintió una

leve envidia del afortunado y enseguida pasó a otra cosa. Ni por un momento se le pasó por la cabeza que él podía ser el afortunado. Siguió con la falsa rutina de sus días, cada uno con su afán, y al jueves siguiente fue a renovar su boleto. Lo primero que vio fue un gran cartel con muchos números y la leyenda: HA TOCADO AQUÍ. En el mostrador pasaron su boleto por la máquina sin expectativas, como siempre. Y fue entonces cuando la pantalla se llenó de números: 144.832.201,32€. La cara del lotero cambió, le temblaban incluso las manos y Alberto seguía sin comprender nada. Cuando al fin fue consciente casi se desmaya. Las horas posteriores fueron muy confusas: el lotero dejó en el negocio a su hijo y fue con Alberto al banco, informándole de los pasos a dar. En el banco ya le esperaba en la puerta el director, que los hizo pasar a su despacho. Lo primero que lo confundió es que tenía que esperar un mes para recoger su dinero. Por supuesto el banco estaba dispuesto a adelantarle lo que fuera necesario, sin coste alguno, aseguraban, pero él había jurado a su madre que nunca pediría un préstamo y un adelanto es un préstamo. A partir de ese momento todo fue aún más confuso. Salió del banco con el mismo dinero con el que había entrado y unos pocos papeles que lo acreditaban como el dueño de la cuenta donde se ingresaría el boleto premiado. Ni siquiera le regalaron unas sartenes, algo que le hubiera hecho ilusión. Tras despedirse del lotero y darle las gracias por su amabilidad se dijo que tendría que darle una propina. Durante todo el trayecto de vuelta a casa estuvo pensando qué cantidad estaría bien, pero en ese momento toda cifra le parecía ridícula.

Cuando ya en casa, a solas en su patio, regaba las macetas,

tuvo que sentarse mareado al ser consciente de cómo su vida había dado un vuelco. Le hubiera gustado que aún viviera su madre para que no se preocupara más por él. Con su ausencia no se le ocurría nadie a quien llamar.

Esa noche le costó dormir. Cuando a la mañana siguiente le sonó el despertador siguió la misma rutina de aseo de todas las mañanas hasta que recordó que era rico, muy rico, y tuvo que sentarse en el retrete de la flojera en las tripas que le entró. Esa mañana había poco que hacer en el parque pero iban a ir a reparar la fuente. Algún gamberro rompió el pene del angelito y el caño de cobre al aire le daba un aire ciberpunk al inocente querubín. Tendría que estar allí para cortar y dar el agua.

Era viernes, no le costaba nada terminar el día y tendría todo el fin de semana para... La verdad es que no sabía para qué. De todas maneras faltaban veintinueve días para entrar en posesión de su fortuna (que pese al bocado de Hacienda aún daba para todo). Tenía casi cuatro mil euros en su banco de siempre. No era mucho, decidió terminar el mes —era ya dieciocho—, antes de despedirse para siempre. Podía comprar el parque si se aburría, es más, ¡podía comprar diez parques!

Ese día fue a trabajar como siempre. En el bar donde le gustaba tomarse un café con leche por las mañanas el tema de conversación era que ya había aparecido el millonario, las especulaciones sobre su identidad y lo que haría cada cual de haber sido él. Alberto escuchaba en silencio y no decía nada. En el trabajo lo mismo, en la carnicería otro tanto. Empezó a agobiarse, nadie sabía todavía quién era el misterioso ganador, pero ese *nadie* no era absoluto. Para empezar lo sabía el lotero y lo sabía su hijo, así como el director del banco y, presumiblemente, la

secretaria que había de preparar los papeles. De haber sido jugador hubiera apostado a que había más gente enterada; el valor de un secreto suele ser menor que el poder contar un chisme. Se fue a casa acelerando el paso y descubriendo miradas sospechosas en cada rostro que se cruzaba. Cuando su móvil empezó a sonar y vio que se trataba de un número desconocido soltó el teléfono como si se hubiese convertido en una araña —le daban pánico las arañas—; la caída lo rompió. Ya en casa echó el pestillo, la llave, y a punto estuvo de apoyar una silla contra el pomo, pero confiaba más en el pestillo. Subió hasta la ventana del cuarto de su madre, al que solo entraba a limpiar, y se asomó por la única ventana que daba a la calle. Era la misma calle de siempre, poco transitada, con un puñado de árboles raquíticos y leprosos en las aceras y un tráfico desgano que salía del semáforo. No vio nada raro, ninguna furgoneta de periodistas. Aún no se había corrido la voz pero lo haría, estaba seguro de eso, tenía que irse de ahí, alquilar un piso en cualquier parte, en otra ciudad. El director del banco le aseguró que con su DNI bastaba para cobrar el boleto en cualquier sucursal pasados treinta días.

Por lo pronto ese fin de semana no salió de casa. No era extraño que eso sucediera pero al menos se molestaba en pasar todos los días por la panadería, y ese sábado no lo hizo. Sentado en su patio pensaba en qué hacer con tanto dinero y en qué no hacer. Echó de menos a su madre, todos los días lo hacía pero ahora mucho más. Ella sabría qué hacer, salió adelante ella sola y lo crió a él a base de horas y horas frente a la máquina de coser, de niño le tenía envidia a esa máquina. Si con un jornal miserable fue capaz de tanto qué no haría

con esa fortuna caída del cielo. Pero ella ya no estaba y dudaba de que estuviera en el cielo, porque nunca creyó en esas cosas. Él mismo estaba sin bautizar y una vez le dijo: «A ti te limpio yo cuando estés sucio».

El domingo por la noche se durmió acunado por los recuerdos de su infancia y el lunes, cuando sonó el despertador, decidió acudir al trabajo. Sería muy sospechoso que lo dejara justo cuando aparecía un millonario nuevo en la ciudad. Compró un teléfono nuevo, una televisión más grande y una bandeja de dulces de la mejor confitería del barrio. Esos fueron todos sus gastos de esa semana. Evitaba pasar por la calle del lotero y la del banco. Mientras tanto las conversaciones se iban calmando.

Solo dio su número nuevo en el trabajo. Usó un locutorio para llamar al director del banco y asegurarse de que todo iba bien, rechazar de nuevo todo adelanto e informarle de que estaría en la sucursal el día indicado. Luego siguió con su vida. Le gustaba su casa, había vivido allí toda su vida y no pensaba mudarse, pero esa no era casa para un multimillonario y lo sabía. La puerta no resistiría dos patadas, solo tenía dos dormitorios y un cuarto de baño y para acceder al patio bastaba con saltar una tapia. Podía comprar las casas colindantes para tener más espacio y contratar a un arquitecto para que las uniera, lo malo era que eso era como poner un cartel luminoso sobre el tejado: AQUÍ VIVE EL DE LA PRIMITIVA.

Nunca le atrajo conducir, ni siquiera se sacó el carnet. Ahora podía permitirse un coche con chófer, con su uniforme y todo, pero de nuevo se presentaba el mismo problema y un añadido que valía también para lo anterior: ¿Para qué? ¿Lo aprobaría su madre? Conforme se acercaba el día de la toma de posesión de

su fortuna más a gusto se encontraba en su vida de siempre y menos idea tenía de qué iba a hacer con tanto dinero. Incluso se le pasó por la cabeza donarlo, pero su madre desconfiaba por igual de Cáritas que de las ONG: «Si quieres ayudar a la gente empieza por tu vecino», decía. Él no se llevaba bien con sus vecinos, ni tampoco mal. De los de siempre quedaban pocos y no ciertamente los mejores. En cuanto a los nuevos no los conocía ni sentía interés alguno en hacerlo.

Solo en el trabajo encontraba paz. Ahora que buscaba ocupaciones para no seguir pensando en lo mismo siempre había algo que hacer y que normalmente dejaba para otro día. Dejó impoluto el cuarto de los aperos, repasó una a una las plantas quitando secos y malas hierbas, limpió de broza los desagües y las papeleras no se limitó a vaciarlas, les dio agua y jabón hasta que olieron bien. Nunca el parque había estado tan cuidado como entonces. Los días pasaban y Alberto Ruiz seguía con su vida de siempre, que ya no era la misma.

Cuando volvía a casa empezaban las preocupaciones, los miedos, las paranoias, la búsqueda de un objetivo a su dinero... Él, que nunca había sentido inquietudes, era ahora incapaz de concentrarse en un libro, de ver una película y enterarse de algo y hasta de dar un paseo. El día señalado no pensaba acudir al trabajo, pero la tormenta de la noche antes había dejado el parque hecho unos zorros, y se vio en la obligación de pasarse a ver qué tal. Los fuertes vientos habían dado en el suelo con un olmo centenario. Estaba ya enfermo de antes, eso es cierto, así que no le dolió la pérdida, pero los trabajos de limpieza y retirada del árbol le ocuparon toda la mañana. Estaba recogiendo en un carretón las ramas que iban pelando

los de la motosierra cuando vio a un señor trajeado. Era el director del banco. Inmediatamente se encerró con él en el cuarto de los aperos, rezando para que nadie se hubiera dado cuenta y ante la extrañeza del director. Una vez allí, a solas, firmó apresuradamente en una pantallita un montón de veces, alegó el teléfono roto para la incomunicación, rechazó otra vez la oferta de asesoramiento y siguió trabajando, ni siquiera miró la cantidad última que se le quedó hasta llegar a casa. Lo hizo ya acostado; el director, tras pretender regalarle un teléfono nuevo y una tablet, él que no le había regalado unas miserables sartenes en su día, entregarle una tarjeta dorada e insistir en ofrecer los servicios «tanto de su banco como de su persona con total discreción» tuvo la amabilidad de apuntar al dorso de su tarjeta la cantidad exacta que ahora figuraba en su cuenta. Era menos rico de lo que pensaba y más de lo que nunca soñó: 87.943.107,80 €. Y a eso había que añadir los 4000 € de su otra cuenta, 5000 € si le habían ingresado el mes. Se mareó al darse cuenta de que sin lujos ni caprichos de los 144 millones había gastado ya casi sesenta. Entre eso y el cansancio del día duro se quedó dormido como un tronco. A la mañana siguiente acudió al trabajo, necesitaba despejar la cabeza y como mejor lo hacía era trabajando, ahí por lo menos pensaba en otras cosas. Nunca pretendió ser millonario pero no lo imaginaba tan difícil. Dos meses después gastó su primer millón en una donación a un telemaratón por las riadas de Levante. No se sintió mejor, si acaso un poco estúpido. Seguro que su madre le hubiera dado una colleja por más que hace unos años hubieran veraneado en esas playas. Todo ese tiempo siguió trabajando y se convenció de que era lo mejor,

así podía postergar las decisiones en miras de una jubilación aún lejana. Y empezó a darse pequeños caprichos siempre por Amazon para no levantar habladurías. Se acostumbró al buen jamón y al buen vino, fue llenando el desván de artículos de teletienda que muchas veces ni sacaba de la caja.

De vez en cuando salía con un billete de 500€ que hacía un gurrño y dejaba caer en su parque, sabedor de la alegría de quien se lo encontrara.

Y así transcurrieron los años. Faltaban apenas dos semanas para su jubilación cuando un conductor despistado se lo llevó por delante en un paso de cebra.

No dejó herederos.

EL COPISTA

NO SABÍA LEER. En aquellos años poca gente sabía, incluso entre los copistas. No importaba, tenía buena mano para el dibujo y copiar páginas no es más difícil que pintar un árbol. Y eso fue lo que hizo toda su vida: copiar y copiar libros que nunca entendió. Durante los primeros años su orgullo consistía en copiarlos exactamente igual, de modo que solo la frescura de la tinta delatara la copia del original, hasta que un día llegó a su mesa un manuscrito en pésimo estado de conservación que alguien trajo al monasterio. Como el copista más reputado era normal que la tarea recayera en él, nadie le preguntó si sabía leer, lo dieron por supuesto. El pergamino olía fuertemente a estiércol, como si hubiese estado enterrado en él. Mala manera de guardar un libro, pensó. Después repensó en la circunstancia que pudo llevar a enterrar un valioso libro de pergamino encuadernado en tapas de buey y con cierres de plata en el estiércol sin protección, y entonces entendió que estaba ante un libro importante, uno que alguien quiso y otro escondió. Entendió que tenía una deuda de sangre con alguien. Solo si la vida corría serio peligro era concebible semejante locura, alguien

que se lo había jugado todo para preservar el libro en vez de tirarlo al fuego, y se puso a la tarea. Debía estar fresco todavía el estiércol, eso ayudaría a enterrarlo con las prisas seguras del momento pero también se había colado entre las hojas, y suerte de lo apretado del cierre, que salvó más de la mitad del texto. Pusieron a su disposición los mejores materiales, así como un par de ayudantes y un cierto encomio. Querían una buena copia, pagarían muy bien por ella y el monasterio necesitaba el dinero. Se puso a la tarea. El estiércol, una vez seco, no resultó difícil de quitar —el olor no tanto—, y se llevó la agradable sorpresa de que estaba en mejores condiciones de lo que esperaba, no era tanta la parte que faltaba. Saber leer le hubiera ayudado, sin duda, y por única vez en su vida deseó sinceramente aprender. Pero no tenía tiempo para ello, ni deseo alguno de confesar su falta, así que se puso a repasar antiguos manuscritos para ver de cuál podría copiar las ausencias. Hizo un excelente trabajo. A simple vista no se notaba nada, además las primeras páginas —algo fundamental si quieres dar buena imagen— quedaron intactas.

Confió su suerte al destino y lo entregó al abad, quien tras hojearlo por encima y leer unas pocas líneas del principio se apresuró a llamar a un mensajero y ponerlo en noticia del príncipe, quien pronto mandó recogerlo. Gracias a ello en esas tierras el cura dice misa con tres gallos atados al altar y en Semana Santa procesionan un caballo de madera.

El éxito lo volvió audaz y la vena artística hizo el resto. A partir de entonces las copias que hacía nunca eran perfectas, siempre introducía algo, palabras y frases cuyo significado ignoraba pero que a sus ojos mejoraban el conjunto visual

de la página. Las consecuencias históricas a largo plazo de sus copias conformaron las fronteras de lo que hoy es el mundo.

LA CIUDAD COMBUSTA

LA CIUDAD NACIÓ un martes que llovía y nació como nacen las ciudades, a solas. Si hubo algún testigo sería algún ratón de campo o algún discreto mochuelo. Un observador no hubiera notado nada tampoco, si acaso un leve deseo de vivir ahí, lejos de todo. Hay quien piensa que las ciudades nacen como pueblos y es cierto que algunas ciudades antes fueron pueblos, pero sucede como con los ricos, que la mayoría son ya ciudades desde su nacimiento. No es que nazcan ya con su catedral pero sí con un cierto orgullo, no se dejan fundar por cualquiera, ni en cualquier parte. Porque una ciudad nace antes de estar fijada a la tierra y vaga por el mundo buscando su sitio, en eso nos parecemos, pero ellas lo encuentran, en eso no. Cuando una ciudad ha encontrado su sitio solo ha de esperar a que pase por ahí la persona adecuada. Se la reconoce por un brillo de piedra en los ojos pero sobre todo en que siempre llevan la sombra por delante, nunca por detrás.

A los pueblos les vale cualquiera para nacer pero no nacen de una vez, no como las ciudades. Transcurren una niñez difícil en la que cualquier cosa puede malograrlos, una epidemia,

una plaga, una sequía... Hasta que un pueblo no cuenta con muchos muertos no es pueblo sino campamento.

Las ciudades a menudo toman el camino más fácil y se adueñan del pueblo para sentar sus cimientos, por las buenas o por las malas. El pueblo no tiene ninguna oportunidad frente a la ciudad, ni siquiera los que con el tiempo se hicieron grandes.

El pueblo grande puede tener los mismos habitantes que la ciudad pequeña pero nunca será meta, carece de ese orgullo de nacimiento. No sale en las noticias casi nunca, solo los de allí conocen a su alcalde, son tímidos, inseguros y muy agarrados al terreno.

La ciudad nace con el pensamiento de crecer, es un hongo que se expande en todas direcciones, no la detiene ni el mar cuando tiene la voluntad suficiente. Sus calles están compartimentadas por estamentos sociales y hay calles de ricos y calles de pobres, eso en un pueblo no pasa. Las ciudades se creen eternas, sin embargo las más viejas no lo son lo suficiente para poder aseverarlo. Grandes ciudades han nacido y muerto a lo largo de la historia pero, claro, las ciudades no tienen memoria, en eso también se diferencian de los pueblos. La ciudad que nació un martes que llovía no lo sabe pero su vida será accidentada y su muerte será cantada todavía cuando muchas de sus contemporáneas sean solo olvido. Alguien la bautizó como Ilión.

LA ESQUINA QUE NO PODÍA VER EL MAR

ERA UNA ESQUINA con mucho tronío. A su balcón se habían asomado ilustres personajes de provincia, sus geranios eran honrados y la mercería que ocupaba el bajo llevaba más de cien años funcionando. Pero era una esquina que nunca había visto el mar. Son muchas las esquinas que nunca han visto el mar, pero ésta era de un pueblo marineró que respiraba mar aunque viviera de espaldas a él; el mar siempre fue muy suyo, mejor no tomarse familiaridades.

Quien se lo impedía era la iglesia. Estaba allí antes que la esquina, es cierto, pero se comportaba como una egoísta que ocupaba todo su horizonte y que nunca, ni siquiera durante las obras, había permitido el paso de ese otro azul tan distinto del cielo que rugía tras ella las noches de tormenta. La venerable esquina no tenía nada contra Dios, únicamente contra ese edificio feo, tan de piedra, al que Dios nunca había visitado, al menos no desde que ella estaba allí. ¿Y, además, para qué quería Dios tantas casas?

Pero la iglesia tenía un campanario, y la esquina amaba ese campanario. Cada hora lo saludaba, especialmente cuando

se congregaba mucha gente y gritaba alborozado. Y si la gente estaba triste y vestía de oscuro los acompañaba con su canto sordo, contenido.

Era un buen campanario. Estaba a un lado de la iglesia, ésta podría desaparecer sin menoscabar su arquitectura. Entonces sus geranios sabrían del otro azul y la buena de doña Ana, que todas las mañanas lo barría antes de desaparecer en las entrañas de la mercería, vería desde su mostrador llegar los barcos.

A la terraza subirían no solo a tender ropa, porque sus vistas la harían popular. Subirían las mujeres para ver llegar del mar a sus maridos e hijos, siempre con el corazón encogido hasta que las barcas rompiesen el horizonte, cada vez más ancho conforme las reconocían.

El terremoto del 76 le concedió sus sueños: la iglesia no lo resistió y su tejado se vino abajo. De repente la esquina pudo ver el mar, y las campanas tocaron como locas celebrándolo. Ni siquiera se percató de la enorme grieta que habría de ser su fin.

EL VERDUGO

AL VERDUGO NO le gustaban los niños en su trabajo, pero era inevitable: allí donde se empezaba a construir un patíbulo surgían como setas. No le tenían respeto a la muerte, ni miedo a la vara con la que a menudo intentaba dispersarlos, se sabían más rápidos. El día de la ejecución al menos la muchedumbre los relegaba al fondo de la plaza, pero siempre quedaba alguno subido en cualquier sitio imaginable que le permitiese ver mejor el espectáculo. No era raro que tirasen piedras. A menudo les deseó mil males y les auguró que terminarían en sus manos. Los niños lo sabían blando, con esa sabiduría de conocer demasiado a quien les daba palizas tan a diario que lo veían como algo normal.

Esa seguridad los volvía audaces. Si alguna vez alguno llegaba a caer bajo su vara esos brazos que sabían arrancar la piel con un solo golpe se suavizaban y era raro que dejaran algún cardenal. En el fondo aquel verdugo no era un mal tipo, solo alguien que ejercía un trabajo peculiar. Por eso cuando llegó a aquella villa se alegró. Como ciudad importante tenían un patíbulo permanente en la plaza, uno magnífico según

recordaba de la última vez, diseñado por un auténtico verdugo, con toda clase de anclajes, huecos y trampillas para ejecuciones especiales. Como siempre hacía, antes incluso de presentarse al oficial de guardia, se dio una vuelta por el que iba a ser su escenario. Dos guardias lo custodiaban, pero cualquiera podía subir a verlo de cerca si dejaba caer unas monedas discretas en sus bolsillos. Como siempre había niños alrededor. Pero esta vez estaban más quietos que de costumbre. Alguno lo reconoció, no hacía mucho de la última vez, pero en vez de las esperadas burlas y carreras se hizo el silencio. Incluso un guardia se asomó a ver a qué santo tanto silencio. No lo reconoció y él pasó de largo como si la cosa no fuera con él mientras los niños lo seguían con la mirada, sin decir una palabra. No lo hubiera reconocido pero lo cierto es que aceleró el paso, no se sentía nada cómodo y además un mal presentimiento empezaba a tomar forma. Nunca había ajusticiado a un niño. A muchos jóvenes la sangre les aflora rápido. Son demasiado orgullosos e impetuosamente suicidas, eso va con la edad, pero a un niño no se le debería ajusticiar en público. Algo discreto y rápido era lo suyo. Esperaba estar equivocado. No lo estaba. Era aún peor, se trataba de una niña. Una niña de ocho años. *Una bruja*, le informaron. Ya no se llevaba ajusticiar brujas y nunca se llevó ajusticiar niños, mucho menos niñas, en público. Quiso saber la razón y el capitán de la guardia se lo llevó a la taberna. Allí, entre jarras de un vino infame que el capitán no dejaba de alabar, le contó la historia de la niña a la que todos llamaban Lilith.

HISTORIA QUE LE CONTÓ EL CAPITÁN AL VERDUGO

NACIÓ CON LOS OJOS ABIERTOS y sin llorar. La comadrona se persignó, esos eran unos ojos demasiado viejos para una niña. La entregó a una vecina para que la lavara y regresó con la madre. El primer parto había sido fácil pero parece ser que iban dos y el otro no quería salir. Cuando lograron sacar el segundo, al niño, la madre ya había muerto. El segundo también nació muerto, el cordón umbilical se le había enrollado al cuello con dos vueltas. La vieja comadrona recordó la mirada de la niña y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Del padre nunca se supo y la niña acabó en un hospicio. La niña fue bautizada con el nombre de Alfonsina Expósito y allí transcurrió sus primeros siete años de vida. Ya las amas de cría le tomaron ojeriza, se quejaban de que les dejaba la teta seca y luego no quedaba leche para sus hijos. Nadie la recuerda gateando, como si hubiese pasado de la cuna a corretear por los largos y fríos pasillos del hospicio, silenciosa y sutil como una gata. Te dabas la vuelta y ahí estaba, mirándote en silencio con esos grandes ojos viejos. Aprendió a hablar antes que ninguno del hospicio. La vieja comadrona, que había decidido

que había que echar un ojo a esa niña extraña, se pasaba todas las semanas a ver cómo iba; sospechaba que la niña ya sabía hablar de antes pero no lo hizo hasta que no lo creyó oportuno. Las monjas que regentaban el hospicio estaban convencidas de que le había tomado cariño y que antes o después la adoptaría, ella las dejaba creer, nunca habló a nadie de esas sospechas que le causaban pesadillas. Bueno, a nadie no, se lo dijo a Alfonsina cuando aún no hablaba. Ante el mismo Dios está dispuesta a jurar que la niña lo entendió todo! Que la miró con sus grandes ojos viejos, la sonrió y le guiñó un ojo. No quiere parecer una vieja loca pero sobre todo tiene miedo de ser una vieja loca, por eso calla sus sospechas y nadie sabe de ellas. Los otros niños nunca ríen cuando ella está cerca. Y si estaban llorando cuando ella apareció se les nota el esfuerzo por aplacar el llanto, como si instintivamente quisieran pasar desapercibidos. A veces es ella la que ríe y es peor, entonces todos ríen pero la risa del resto es demasiado estentórea, es una risa que también se escucha en los manicomios y nunca llega a los ojos, no así la de Alfonsina, la suya tiene un eco de otras risas insanas, cuando la alegría era otra cosa.

La esposa del marqués era la benefactora del hospicio, ella lo mantenía con sus rentas propias y cuando murió y las rentas pasaron a su hijo el hospicio se cerró de la noche a la mañana. Las monjas fueron repartidas entre otros conventos y diecisiete niños se vieron en la calle. Aunque decir en la calle sería un poco exagerado, pues podían seguir haciendo uso de los dormitorios, que se encontraban en un ala aparte. Quedó con ellos sor Agustina, una monja medio sorda y sorprendentemente gorda para el escaso menú que repartía entre los niños.

Ahora podían salir cuando quisieran y volver si les apetecía; total, en unos meses también ese ala iba a ser demolida, ya iba siendo hora de que se buscasen la vida. Eso los unió a todos en torno a Alfonsina, la única figura poderosa pese a su cuerpecito de niña.

Ahí fue cuando Alfonsina Expósito abandonó su antiguo nombre y se hizo llamar Lilith. Lilith y los lobos, que ese nombre tomaron, y pronto se hicieron los dueños de las calles. Y es esa Lilith la que ajustician mañana.

ÍCATA

CUANDO UN VIAJERO llega a Ícata no sabe que por fin su búsqueda ha terminado, y abandona la ciudad que tanto anheló sin saber que la ha encontrado. Esto ocurre porque casi todo lo que se cuenta de ella es falso: sus calles no son de plata sino de barro, la gente no va montada en unicornios sino en burro (el que puede) y en caballo (los guardias del rey). Sus mujeres no son más hermosas (tampoco menos) que las de cualquier ciudad, y su vino es vino barato, a menudo agriado, que da dolor de cabeza, nadie lo llamaría *ambrosía*. Por todo eso el viajero a menudo pasa de largo sin volver la vista atrás, ignorante de su hallazgo.

Pero hay una cosa sobre la que las leyendas no mienten: su agua es milagrosa. Quien bebe su agua no envejece ni enferma. Hay que beberla todos los días y, con el tiempo, produce una cierta amnesia, los años se confunden en la memoria. Ese niño harapiento que juega en una esquina tiene 358 años y no lo sabe; el tabernero que te vendió el vino ya le vendió a Moisés; la chica de ojos garzos que te cruzaste en el mercado fue amante de un general de Alejandro y el mendigo lleva

pidiendo en la misma esquina dos mil años. El viajero que descansa en Ícata de su largo viaje sale de allí con la misma cara que entró, así haya pasado un día o cien años. Si años después un día el azar lo trae de vuelta se cruzará con la misma chica de ojos garzos, con el mismo niño, con el mismo mendigo y el mismo tabernero. Y entonces huirá, porque ya será demasiado viejo para ser inmortal y querrá sobre todo olvidar que un día la encontró.

DOÑA LUPE

TODA LA VIDA DOÑA LUPE batalló contra el polvo y la suciedad. Todos en el pueblo sabían que si tocaban a su puerta siempre habría un plato de comida, una moneda o un favor. A nada se negaba la buena mujer si podía, pero había que cumplir sus normas. Para empezar había que ir perfectamente bañado. Si no lo hacías sus criados se encargaban de ello y nadie discutía con Macías, su mayordomo, un gigante sordomudo que recogió doña Lupe del hospicio y que la adoraba ciegamente. Sobre la ropa no convenía ir de domingo, ella siempre decía que a su casa no se iba como a misa, pero más te valía ir perfectamente planchado y remendado o tras el baño tendrías que esperar que te preparasen la ropa y siempre hace frío en el baño de Lupe, con tanto mármol. Y si la ropa estaba muy raída iba directamente al fuego y salías de su casa con un traje que nunca era exactamente de tu talla, pasado de todas las modas y que probablemente perteneciera a algún muerto. La ropa perfectamente planchada y limpia que doña Lupe entregaba hacía que mientras la llevaras puesta no acudieras a la cantina o caerías en las burlas de los demás, que sabrían de dónde

venías y de qué. Los más viejos contaban que de jovencita doña Lupe fue la alegre Lupita y que en su puesta de largo no se vio otra más guapa. Un desengaño, según unos, y una muerte, según otros, acabaron con esa alegría. Pero con el tiempo los más viejos murieron y allí seguía doña Lupe. Ya nadie repetía esas historias y doña Lupe siguió en su mansión luchando contra la suciedad del mundo. Cuando la epidemia de cólera no hubo enfermos más limpios que los que pasaban por el hospital que improvisó doña Lupe, hasta sus muertos eran los más limpios de todos y sus sudarios resplandecían de blancor.

El día que doña Lupe murió el pueblo se enteró por los escalofriantes gritos de Macías. Nadie le había escuchado emitir un sonido hasta aquel día y en su grito había todo un mundo contenido. No se quedó al entierro, se fue y no se supo más de él.

En su testamento dejaba pequeñas cantidades a criados, vecinos, conocidos, hasta del cuidado de sus gallinas reparó. Curiosamente nadie se percató de que solo a Macías no había dejado nada, como si supiera que no se iba a quedar a recogerlo. El grueso de sus pertenencias, incluidas la gran mansión y las lejanas minas, acabaron en las manos de un oscuro herrero que fue el primer sorprendido por la decisión, un gigante con el cerebro de un niño que nunca entendió nada.

REZAD, REZAD, MALDITOS

UNA MAÑANA EL PADRE Paco no fue capaz de recordar el Credo. Lo había rezado miles de veces y era incapaz de recordarlo. Le entró miedo y ese mismo día pidió cita urgente con su médico. Se encaminaba a la consulta cuando se cruzó con un padre con su hijo y lo recordó entero.

No obstante fue a la cita y, un poco avergonzado, le contó a su médico lo que le había pasado. Este no le dio más importancia, al fin y al cabo el padre Paco tenía ya más de setenta años y se conservaba fuerte y lúcido; le recetó unas vitaminas y lo encomendó a una próxima visita. Pero al viejo cura le dio por pensar. El médico había mencionado su edad como causa de su olvido y aseguró que eran inevitables esos pequeños olvidos; Dios era mucho más sabio pero también mucho más viejo, saberlo todo no implicaba recordarlo *todo* todo el tiempo. Le dio pánico pensar que en el momento de su juicio Dios no recordase que había sido uno de sus siervos y que él mismo fuese incapaz de recordar sus obras, de modo que decidió anotarlas en una pequeña libreta de piel que le regaló su sobrina y a la que todavía andaba buscando uso. ¿Y qué mejores obras que

todos esos pecados que había absuelto en el confesionario? Con ellos había debilitado las filas del demonio y reforzado las huestes celestiales. Serían su mejor valedor.

Y empezó a anotar sus confesiones.

Eran unas páginas que nadie habría de leer nunca. No se separaba jamás de la libreta y había impartido instrucciones claras y precisas al notario y a doña Aurelia —la señora que limpiaba la iglesia y su casa, y la que probablemente un día lo encontraría muerto—, de quemarla si le pasaba algo. Durante los meses siguientes se complacía, antes de irse a dormir, con esas pulcras anotaciones que caligrafiaba con la letra más pequeña de la que era capaz. No obstante las páginas se fueran llenando su juicio iba a ser rápido, pensaba sonriendo para sí.

Llevaba ya más de media libreta escrita cuando —quitando unos nidos del campanario con una escoba—, dio un traspie y se quedó enganchado de la sotana a un saliente de la barandilla, cabeza abajo. Antes de desmayarse vio como su libreta caía al tejado de la iglesia. Lo que ya no vio fue cómo el golpe liberó sus páginas y ni cómo el viento se encargó de repartirlas por la plaza. Ni vio al quiosquero dar la voz de alarma al ver su cuerpo colgando. Tampoco vio al municipal izándolo con la ayuda del panadero y, desde luego, no vio que ajeno a ese alboroto un niño recogía un papel del suelo y se lo enseñaba a su amigo, que enseguida fue corriendo a coger otra de esas hojas, más impresionados por la menuda caligrafía que por el contenido que no entendían. Al momento otro niño se les unió y pronto acumularon un montón de páginas. Los niños se llevaron esas páginas a casa y las olvidaron por cualquier parte, páginas que luego cayeron en poder de sus

padres y de sus hermanos más grandes y ellos sí entendieron lo que decía. Corrieron los pecados de boca en boca y dejó de haber secretos.

Nunca estuvieron más limpias las calles de aquel pueblo. Durante unos días la gente se abalanzaba sobre todo papel que viese en el suelo en busca de más pecados que compartir al tiempo que rezaban para que los suyos no estuvieran en esas páginas. Desde el principio supieron que era el padre Paco quien las había escrito porque, aun diminuta, su caligrafía preciosista era característica, y la cantidad de padrenuestros y avemarías que acompañaban cada pecado no dejaba duda alguna.

La noticia llegó a los periódicos y el obispado de vio obligado a elaborar un comunicado donde se anunciaba la excomuniación del padre Paco, pena que llevaba siglos sin aplicarse. Nadie sabe dónde fue el padre Paco cuando salió del hospital.

NO ES TAN MALO

No sé qué pasó, el caso es que me acosté el lunes como cualquier otro día. Cierto, tenía un ligero dolor de cabeza, nada preocupante, y si algo soñé aquella noche no lo recuerdo. Cuando desperté a la mañana siguiente estaba muerto. Por suerte vivía solo cuando ocurrió y pude asimilar el hecho.

Lo primero que hice fue comprobar mis constantes vitales. El corazón no latía, lo sentía quieto dentro de mí y la sangre espesándose, sin embargo el sonido aún era perceptible. Imaginé que aún quedaba electricidad en mis músculos y que seguían bombeando a un corazón ya muerto. De igual modo parecía respirar. Mi pecho subía y bajaba como siempre y el aire recorría su circuito, aunque yo sabía que ninguna de mis células se aprovechaba de ello. Estaban muertas aunque algunas de ellas aún no lo supiesen.

Mi primera decisión estaba tomada: nada de ir a un médico. Me derivaría a un psiquiatra y saldría de allí drogado, eso si salía. Y yo no estaba loco, solo estaba muerto. Llamé al trabajo para excusar mi ausencia. No recuerdo bien lo que me inventé, cualquier cosa distinta a la realidad, de eso estoy

seguro. Todavía con el pijama puesto empecé a experimentar. Me pinché con una aguja. La memoria del dolor fue tan vívida que por un instante me creí vivo, pero entonces brotó la sangre y lo hizo sin fuerza, apenas por la gravedad. Y ese rojo no era el de siempre.

No sabría cómo explicarlo, nunca había estado muerto hasta entonces y me sigue faltando aún hoy en día vocabulario de difuntos, pero aquel era un rojo sin luz. La sangre brilla, por eso es tan escandalosa cuando se derrama; la mía no brillaba. Estaba seguro de que al microscopio solo se distinguirían miles de diminutos cadáveres.

Lo siguiente que se me ocurrió fue comprobar mis pupilas. Los ojos empezaban a enrojecerse, pero las pupilas seguían aumentando y encogiéndose con la luz, y me di cuenta de que no sabía si eso ocurría también con los muertos, nunca había hecho el experimento.

Probé a beber agua. No pasaba nada, todo parecía como de costumbre pero ese agua no me llenaba. Probé a cagar y lo hice, ¿pero y qué? ¿Por qué unos músculos iban a seguir funcionando y otros no?

Me olí las axilas. Necesitaba una ducha pero no conseguí localizar putrefacción allí. Era demasiado pronto. Tampoco se me ocurría ninguna manera de convencer a nadie de mi condición de muerto, de modo que decidí guardar el secreto. Me di una ducha, me preparé un café que en realidad no me apetecía y me puse a pensar que, a fin de cuentas, estar muerto no es tan malo.

POMPAS EN EL PATIO

DURANTE TODA LA NOCHE estuvieron buscando a Pedro. Los perros trajeron el rebaño cuando anocheció y estuvieron ladrando para que les abrieran la cancela del establo, y fue entonces cuando lo echaron en falta. Poco después empezó a llover, inútil pues usar los perros para buscarlo. Montados en el todoterreno recorrieron los lugares más frecuentes de pastoreo llamándolo a voces y haciendo sonar el claxon sin resultado. Llamaron a la guardia civil y a los vecinos, que en el campo son todos los residentes en 20 km a la redonda. Cuando amaneció media decena de todo terrenos y no menos de treinta personas a pie dieron batidas hasta que hallaron su cadáver, que apareció encajonado entre unas rocas y con los pantalones bajados. Se especuló que fue a los riscos a cagar, resbaló, y que el golpe resultó fatal.

Dejó viuda, un hijo y un hermano, que con el tiempo ocupó su lugar. Al frente del rebaño primero, en su cama después (tras pasar por la iglesia, que en esa familia siempre fueron decentes y nadie murmuró, ni eran los primeros cuñados ni serían los últimos que se casaran). Tuvieron tres hijos, una

cierta solvencia económica que les permitía mirar el futuro con un cierto optimismo; un rebaño cada vez más grande, una finca de almendros y hasta un tractor. Los hijos crecieron y ninguno quiso tierras ni rebaño, ¡para eso habían estudiado! Eso encabronaba al hermano del muerto, que se fue refugiando en el vino como su mujer se había refugiado en el ganchillo. Una tarde bebía vino como todas las tardes mientras su mujer, al otro lado de la mesa, se ocupaba de sus labores de tricotaje. Hablaron un poco de los hijos, otro poco del campo, pero la mayor parte del tiempo solo se oía el crepitar del fuego y el entrechocar metálico de las agujas de ganchillo. Quizás había bebido más que otras veces, puede que fuera una carga, un despiste acaso, es lo mismo. La cuestión es que empezó a llover y el hombre se asomó a la ventana a ver caer la lluvia, los hombres de campo tienen una relación muy particular con ella. —Qué curioso —dijo con voz apagada y la mirada perdida—, el agua hace pompas en el patio, como la noche que maté a Pedro.

Lo encontraron dos días después, a los pies de esa misma ventana, con una aguja de ganchillo atravesando su cuello. Su mujer, en un rincón, hacía ganchillo con unas agujas nuevas. Nunca más habló.

EL BICHO DE DOÑA ANGELITA

CUANDO YO ERA NIÑO mi calle estaba llena de gente que no desmerecerían ser protagonistas en un relato de fantasía: estaba el Patrón, un viejo cojo que durante la guerra fue pirata. Sus presas eran barcos pesqueros, a los que desvalijaba de cuanto juzgase de valor, ya fuese el reloj del capitán o un ancla para chatarra. Nada era demasiado pequeño para su rapiña. Tuvo suerte, pues en los últimos días de la guerra el bando ganador requirió sus servicios y no solamente limpiaron su expediente sino que además le premiaron con un estanco. Lo recuerdo como un viejo gigante, el pelo blanco y abundante, un vozarrón cascado y un cierto aire marino en sus ropas, pese a que en los días de los que hablo llevaba cuarenta años sin ver el mar, que desde mi pueblo hay un buen trecho hasta la playa. Pero es que mi misma calle es muy peculiar: levantada sobre un cabezo, es una cuesta arriba que acaba en un recorte vallado, con una rama lateral sin salida donde van a morir las escaleras y comienza la cuesta. Debido a la escasez de terreno las casas de una acera, las que rodean la cima del cabezo, lo han excavado para formar casones; una habitación extra que

en realidad es cueva. Por el contrario las de la acera de enfrente se levantan sobre el vacío, agarradas al cabezo para extenderse.

Patrón vivía en la última casa del callejón lateral, a media cuesta. Unas casas más allá vivía doña María, una señora que en sus años mozos recibía en su casa a hombres. Estaba también Rosario, un albañil retirado por una lesión que lo dejó cojo. Era el que siempre nos amenazaba con rajar la pelota si volvíamos a dar con ella en su puerta y cuando armábamos alboroto ponía a toda voz uno de sus discos de zarzuela en su magnífico aparato de música (no tenía televisión). Tenía buenos altavoces. Cuando eso sucedía no tardaban mucho las madres en recoger a sus hijos y meterlos en casa. Cuando se sabía vencedor quitaba la música o conectaba los auriculares, a saber. Frente a mi casa vivía un arriero. El establo estaba al lado aunque ya no había burra.

Pero el personaje más peculiar de todos era sin duda doña Angelita. Tenía noventa y nueve años y aparentaba el doble. Pequeñita y arrugada, flaca y siempre de negro. Si un niño imagina una bruja la imaginaba a ella, tenía hasta la verruga. Más allá de la nariz ganchuda, la boca vacía, las manos sarmentosas y un cierto olor no tanto a vejez como a falta de aseo, toda su vida fue un personaje. Cuando tras la guerra vinieron a por su marido se lió a paraguazos con los dos municipales y tuvo que mediar la guardia civil. Vivía en la casa más peculiar de una calle de casas peculiares de por sí, resultado de la unión de dos casas diminutas que nunca nacieron para estar juntas, con el añadido de la cuesta. Solo tuvieron que tirar el medianil. Tenía dos puertas de entrada que daban al mismo sitio. Dos minúsculos aseos en cada planta y un gran escalón que dividía

las salas. También tenía una gata: Geranio. Que no parece nombre de gata pero lo era. Y menuda gata: no dejaba subir a ningún perro, dispuesta siempre a la pelea, ágil y artera, buscaba los ojos del rival.

Doña Angelita contaba que había tenido cinco hijos y un bicho que se le escapó una tarde que dormía la siesta. Sería un bicho pero también era hijo suyo, así que le dejaba vasos de leche y galletas en un lado de la casa doble y se retiraba al otro para no asustarlo y que comiese tranquilo. Los hijos primero y los nietos después retiraban la leche y los vasos para no atraer a bichos y eso la convencía de que su bicho al menos comía. A los niños nos daba miedo ese bicho informe al que nadie había visto, pero al mismo tiempo sentíamos el deseo de verlo como fuera.

Doña Angelita tuvo una muerte acorde a su leyenda: hizo llamar a toda su prole, incluido el hijo que vivía en Mallorca, y cuando los tuvo a todos reunidos les dijo: «El martes me voy a morir» —era sábado—, así que todos a limpiar la casa para el velatorio. Los hijos, que eran ya viejos en sí mismos y que acudieron pensando en herencias y repartos, no la creyeron. Se la veía como siempre, pero la casa hacía tiempo que necesitaba una limpieza a fondo, una que su madre siempre se negó a llevar adelante para no molestar a su bicho. Lo hicieron.

El lunes pidió que le sacaran un traje que guardaba desde hacía años entre naftalinas y se lo dejaran a mano. También les pidió que cuidaran de su hermano. La mujer que le hacía compañía por las noches dice que a la hora de acostarse le pidió ayuda para ponerse el vestido. Dejó como siempre el vaso de leche y las galletas en un lado de la casa pero esta vez

añadió la cadena de oro que llevaba al cuello con una virgen muy milagrera, se miró al espejo y por primera y última vez se despidió de la mujer con un adiós, en vez de unas buenas noches. Así, con la mortaja ya puesta, se acostó y no se levantó nunca más. A la mañana siguiente la mujer la encontró muerta. Parecía una niña vieja. Era martes, claro. La leche y las galletas seguían ahí pero la medalla se perdió. Dicen que alguien se la llevaría en el velatorio, pero los niños sabíamos la verdad. Desde entonces a esa masa informe que se colaba en nuestros sueños sin malas intenciones, casi sin querer. Solo por el rabillo del ojo era visible apenas un instante. Se distinguía un brillo dorado alrededor de su cuello.

Los hijos cerraron la casa y la pusieron en venta. Alguien, sabiéndola vacía, rompió una ventana y se coló dentro, revolviendo cajones y buscando algo de valor. Lo más extraño es que los cristales cayeron por fuera.

JOSÉ LUIS ABARÁN

LO QUE EL CAPITÁN CONTÓ AL VERDUGO

Y OTROS RELATOS

Lo que el capitán contó al verdugo reúne veintitantos relatos (y algunos cuentos desesperados) escritos por José Luis Abarán. Los relatos aquí contenidos nos hablan de pueblos donde la gente ejerce la sana costumbre de no morirse o de ciudades míticas como Ícata, donde no querrás volver. Contiene personajes inolvidables, como Doña Lupe y su monomanía por la limpieza, o Doña Angelita y su bicho, que hará que los lectores lo sueñen sin ni siquiera haberlo visto. También conocerán los problemas de que te toque la lotería o por qué es una mala idea anotar los pecados de la gente en una libretita. Visitarán librerías que desaparecen, una esquina que sufre por no poder ver el mar. También aprenderán que hacer ganchillo es peligroso y que estar muerto, a fin de cuentas, no es tan malo. Con una prosa donde brilla el gusto por la narración pura, José Luis Abarán nos invita al antiguo placer de escuchar historias, sentados en torno a ese fuego acogedor que llamamos literatura.

artnoir

art noir ediciones

